

LITERATURA 76

ESPAÑA

ESPERANDO LOS FRUTOS DE LA APERTURA

EL año literario en cualquier resumen que se haga, es claramente engañoso. Recontarlo, sin la perspectiva suficiente, incluso puede llegar a un pecado. Y es que, a simple vista, 1976 ha sido un curso literariamente mediocre. No han publicado nada los grandes escritores como Camilo J. Cela -salvo la «Enciclopedia del erotismo»- ni Miguel Delibes, ni Gonzalo Torrente Ballester, etc. Ni siquiera hay hechos, rigurosamente creadores, que tapen esta ausencia de acontecimientos literarios con su fulgurante actualidad.

1976 ha traído, al menos a nivel de signo, el reencuentro con una cultura perdida. Más o menos, puesto que sus rescoldos no se apagaron nunca. Me refiero a la vuelta de esos ausentes que parecían irrecuperables y que, sin embargo, sintieron tan fuertemente la punzada de la melancolía que se apresuraban a pisar la tierra española «vía» a la democracia: Claudio Sánchez Albornoz y Salvador de Madariaga. Trajeron -ya que de escritores fundamentalmente se trata- sus libros debajo del brazo. Sánchez Albornoz, junto a incontables reediciones, ofreció «Anecdotario político» y Madariaga sacó entre los libros mayores su «obra poética», casi escondida, un poco epigonal respecto del grupo del 27, aunque sin sus novedades formales.

En esta línea habría que situar los viajes de Ramón J. Sender a España, un poco «contestados» ya no sólo por los críticos de "Andalán» sino por otros elementos menos sospechosos. Aunque su fertilidad editorial con libros tan significativos y decisivos como «El fugitivo», en su línea más existencial y personal acaso sólo comparable a «El lugar de un hombre», y con la edición española de su obra maestra. «Réquiem por un campesino español», ha tenido una presencia e importancia muy considerables.

Conectados con estos rescates y afluencias, puede considerarse la publicación de los «Episodios Nacionales», de Galdós, por partida triple. Asimismo, por lo que tiene de integración peninsular, la traducción -tan brillante que puede haber contribuido al éxito del libro- de «El cuaderno gris» de Josep Pla, realizada por Dionisia Ridruejo, tiene que ser recibida como un hito en las letras españolas. Josep Pla se produce en nuestra literatura con algunos perfiles chocantes- tal un Borges, un

tanto cachazudo e hispano- que, en absoluto, amenguan su luminosa y monumental obra.

Juan Goytisolo, y otras del novelista catalán, así como a «Recuento», de su hermano Luis Goytisolo, sin disputa un libro del año muy comentado y que puede servir para esperar una apertura en la novela española. Goytisoto, en una voluminosa novela, describe, con una enorme voluntad de identificación, las contradicciones personales y estructurales de la posguerra española muy lejos de un vacío y mero experimentalismo, del que se ha despojado definitivamente. Hay que situar en seguida el gran logro de «Las ninfas», de Francisco Umbral, la inolvidable «saga» vallisoletana de la infancia y adolescencia del autor, que confirma -incluso con el premio Nadal a cuestas- a un narrador maduro y sugerente, el más atractivo de nuestros escritores actuales. «Las ninfas» identifica el acto de escribir, con arreglo a la técnica más avanzada, con el propio autor, en un ejemplo fluido de novela total. Hay que contabilizar en seguida el éxito de «Ya no es ayer», de Francisco García Pavón, que lleva su escritura a la máxima pureza y genuinidad, consiguiendo una verdadera mitología de Tomelloso y es la mejor obra, absolutamente consagratoria, de su ya larga trayectoria literaria.

Novelas interesantes publicadas este año ha habido pocas: «Cuarteto de máscaras», de Rodrigo Rubio; «La noche de Catalina virgen», de Luis Berenguer; «La noche sin riberas», de Ángel María de Lera; «Funeral por Francia» y «De rodillas al sol», de Gabriel García Badell; «Señora muerte», de José Antonio García Blázquez; «Carne de silencio», de Pedro Crespo; «El pasajero de ultramar», de Guelbenzu, y «Dicen que Ramón Ardales ha cruzado el Rubicón», de Francisco López Barrios, y «Madrugada de pájaros hambrientos», de Juan Morales Miranda.

Los libros de narraciones son más favorecidos, pues el relato corto se sigue trabajando bien en España. Quiero citar «El santo de mayo», de José Jiménez Lozano; «El ingeniero Balboa y otras historias civiles», de Antonio Pereira, «Getino y otras nostalgias», de Mauro Muñiz; «Apólogos y milesios», de Juan García Hortelano, etc.

Tendríamos que referirnos a la edición de la trilogía «Vísperas», de Manuel Andújar, muestra de un poderoso y considerable esfuerzo narrativo que, pese a algunos desfases técnicos, mantiene un estilo realista heredero del noventa y ocho, eficaz y enraizado con la intrahistoria española. Esfuerzo extraordinario el de Rosa Chacel y su «Barrio de maravillas», novela llena de sensibilidad y hondo clima, levemente ambigua en sus procedimientos narrativos. Mercedes Salisachs obtuvo con «La gangrena», premio Planeta del año anterior, un legítimo éxito popular y de ventas y el respeto de la crítica a su brillante, aunque no muy profundo, estilo.

PARA la poesía, 1976 reservó algunos de sus mejores éxitos. Más que libros originales hemos contado con la aparición de antologías y de «rescates» poéticos. Al fin, se ha publicado en España «Roma, peligro para caminantes», de Rafael Alberti, libro desenfadado, socarrón y neorrenacentista, muy leído. Vicente Aleixandre, Dionisio Ridruejo y Luis Felipe Vivanco fueron relanzados en unas interesantes antologías de Seix Barral y Alianza Editorial. Juan Alcaide, el gran poeta de la Mancha -hace veinticinco años desaparecido-, revivió su verso áspero y hondo en la «Antología poética» de Doncel. Y Ricardo Molina y Pablo García Baena han vuelto a deslumbrarnos con su hermosa poesía, suntuosa y barroca, nostálgica y brillante en sendas selecciones líricas. Celia Viñas ha sido asimismo antologada en Adonais.

La nota poética más destacada fue, sin duda, la «Resurrección», de Claudio Rodríguez, como poeta cimero de la joven poesía española; "El vuelo de la celebración» abre un horizonte de manifiesta claridad, con su palabra fundante, cada vez más destilada. Libros magníficos han de considerarse «Sonetos y revelaciones de Madrid», de José García Nieto; «Los pasos litorales», de Luis Jiménez Martos; «La paz de los escándalos», de Manuel Ríos Ruiz; «El gallo ciego», de Rafael Soto Vergés; «Libro de Tobías» y «Decido vivir», de Ramón de Garciasol; «Plancton», de J. Benito de Lucas; "La uva duodécima», de José Infante; «Embriaguez sin día», de Francisco Toledano, premiado con el Leopoldo Panero por «Trilogía interrogante»; «Fiesta en la oscuridad», la gran confirmación de Diego Jesús Jiménez; «Tierra en la carne», de Santiago Castelo; «Ceremonia de la inocencia», de Ángel Sánchez Pascual; «Ridícula prosaica rítmica verborrea», de J. L. Alegre Cudos; «Fin de la apariencia», de J. L. Ortiz de Lanzagorta; «Eros y Anteros», de Miguel Fernández; «Zoon erotikon», de Joaquín Fernández; «Ya quiere amanecer», de Manuel Mantero.

Gerardo Diego, felizmente vivo, festejó su ochenta aniversario, se homenajeó a Pedro de Lorenzo en su Extremadura natal en varias ocasiones, y Rilke estuvo todo el año -como Cernuda, Lorca o Miguel Hernández- en la más palpitante actualidad. Los aires nuevos que se respiran en nuestro país parecen traernos también, a muy corto plazo, el retorno del Pen Club, que agruparla a los escritores españoles y les daría derecho de ciudadanía entre los escritores del resto del mundo. Y el año se cierra con la alegría del premio a Jorge Guillén. Buen final a un año mediocre.